

Música triste

Surge la voz melódica y serena...
Un recuerdo le asalta... De repente
se le ve vacilar, y nuevamente
clama de angustia y de cariño llena.

Vuelve a callar, y trágica resuena,
en un aye angustioso y balbuciente,
que se extingue en el aire lentamente,
como una larga lágrima de pena.

Igual que el grito de una alondra herida
en el sereno azul vibra su queja...
Se pierde entre sollozos y lamentos,

y naufraga, vibrando dolorida,
en un mar de rumores que semeja
una selva agitada por los vientos!

LA COPA DEL REY DE THULE

Ofrenda

Si penas y dudas olvidar ansías,
su clásica copa te ofrece el poeta.
En marfil y oro la esculpió un atleta...
Fué cáliz de besos en noches de orgías.

Hoy es santuario de las musas mías:
de Chipre bacante lasciva y discreta;
del Champaña el oro de la vida inquieta
y el Jerez, la rosa de mis alegrías.

La copa te brinda divinos amores.
En ella la virgen deshoja las flores
del Epitalamio, y encancia la estrella

el vino celeste de pálidas Thules...
¡Alma soñadora embriágate en ella
de rojos delirios y ensueños azules!

Entonamos con el hacha
reluciente del verdugo, la epopeya de la sangre...

Somos copas de diabólicos ensueños, cinceladas
en el cráneo de las brujas, donde vierten su ponzoña
las serpientes del Delirio...
las serpientes que enrojecen nuestras almas...

Alumbramos los oscuros calabozos,
donde ruge la Locura
y las celdas solitarias
donde en místicos espasmos, las histéricas novicias,
de lujuria se embriagaban
con la sangre de los Cristos...

Ven, poeta,
y corona con nosotros la cabeza soñadora de tu amada...

Y el Poeta
y su musa favorita, se pararon un instante...

En la negra cabellera de la virgen triste y pálida
florecieron las adelfas...

.....

El jardín de la Esperanza
alumbraron los relámpagos de locuras y de fiebres

.....

Los claveles, los jazmines, los laureles,
las adelfas, se agitaron;
y sus hojas, arrastradas
por la brisa gemebunda de la tarde que moría,
se perdieron para siempre por las sendas solitarias
lentamente, lentamente, como frágiles visiones
de un ensueño misterioso que se esfuma en la distancia...

.....

En el lánguido martirio de oro y púrpura
el crepúsculo moría... Suspiraban
temblorosas las adelfas...

Y al empuje de los vientos las simbólicas granadas,
como lágrimas de sangre, sobre el suelo gris y húmedo
sus rubies desgranaban...

Medioeval

A ANGEL GUERRA

Bajo el dosel de púrpura, que el sol poniente besa,
con sus dedos de nieve, la pálida princesa

el azahar de una margarita deshoja,
y tras los almos cisnes de sus sueños, arroja

—halcón con garras vírgenes—su enfermera Fantasía
que se pierde en las brumas de la Melancolía.

Es bella y dolorosa. Parece la Quimera
de amor que un pincel místico trazó en la vidriera

de la claustral ojiva. En la cándida aurora
de sus ojos un angel nostalgias de Azul llora.

En sus albas mejillas hay sangrientos martirios
de rosas. Palidecen en su mano los lirios...

Bajo el trono se enroscan bufones y lebreles.
En la liza piafan los fogosos corceles

que impacientes escarban con sus cascos la arena...
La trompeta de oro del Heraldo resuena...

Alzadas las viseras, desnudos los aceros,
invaden el palenque los bravos caballeros

que a enamorar vinieron de lejanos países
a la blanca princesa gemela de los lises...

Entre jóvenes pajes, que le sirven de corte
llega Lohengrin, el rubio caballero del Norte.

De su casco brillante sobre el oro bruñado
el alma de los cisnes las alas ha extendido,

y el Amor en su escudo a recitar se atreve
una canción de lirios sobre un campo de nieve.

En un corcel alado más rojo que el Deseo
cabalga la romántica figura de Romeo.

En su fulgente casco de plata, brilla inquieta
la rubia cabellera de la ideal Julieta;

y en su escudo, que sangre de claveles colora
agoniza la alondra en un beso de Aurora.

Rugiendo de coraje como león en celo
sobre un corcel de Arabia la lanza esgrime Otelo.

Está de celos loco... Está de espanto mudo,
y en la profunda noche que circunda el escudo,

con un arpón clavado en la nieve del anca,
bañada en sangre espira una gacela blanca...

.....

Vibró el trueno de oro de lejanos clarines.
Temblaron en sus sillas los bravos paladines.

Y tras negro escudero que sus hazañas nombra,
en un corcel salvaje que apacentó la Sombra,

calada la visera, y desnudo el acero,
penetra en el palenque un Negro Caballero.

Sobre el casco abre el cuervo las alas tenebrosas
y en su escudo aletean dos negras mariposas...

.....

Al Negro Caballero vencedor proclamaron.
En los amplios salones del palacio brillaron

las joyas y las ricas armaduras de oro.
Rima cantos nupciales el órgano sonoro

junto al tálamo regio de azahares y rosas,
los amantes enlazan sus manos temblorosas

—Mirar tu rostro ansío... Besar tus labios quiero!—
murmuró la princesa.—Y el Negro Caballero

con ruda mano alzóse de pronto la visera...
¡Y floreció la risa en una Calavera!...

Flores de Ensueño

A MANUEL DÍAZ RODRÍGUEZ

Con las manos cruzadas sobre el pecho,
entre nubes de encaje mal velado,
por el tibio alabastro de los hombros
los flotantes cabellos destrenzados,
pálida como mística azucena
que se marchita en el jardín del claustro,
la virgen duerme. Oculto entre la púrpura
del rico lecho de marfil y sándalo,
el Ángel del Pudor vela su sueño,
con el índice puesto sobre el labio.

Ensueño Azul: El Hada de la Dicha
desciende de los cielos en su carro
—un gigantesco carro de magnolia
por dos gallardos cínifes tirado—
y la conduce a los floridos bosques
del misterioso reino del Encanto.

Allí florecen lirios, que son rostros
de rubios serafines; en sus lagos
eternamente azules, bogan cisnes

de nieve y de ilusión; rima sus cantos
 el ruiseñor en la frondosa orilla;
 los cien ojos floridos de su manto
 abre el pavo real con regia pompa;
 y en medio del jardín alza un palacio
 sus altos muros de marfil y oro,
 por dragones de fuego custodiados
 donde las magas del Amor preparan
 sus venenosos filtros encantados,
 y las princesas de los viejos cuentos
 mueven la rueca su cariño hilando.

Ensueño rojo: En el jardín de Marta
 a la luz moribunda del ocaso,
 contempla los fulgores que despiden
 las ricas joyas del collar de Fausto.

Y siente que sus párpados se cierran
 y los besos florecen en sus labios...

Y ve como entreabre su corola
 a las bruscas caricias de un abrazo
 —hostia sagrada en el altar de Venus—
 un misterioso lirio ensangrentado...

Con las manos cruzadas sobre el pecho
 entre nubes de encaje mal velado
 por el tibio alabastro de los hombros
 los flotantes cabellos destrenzados,
 pálida, como mística azucena
 que se marchita en el jardín del claustro,
 dormida está. De pie en la cabecera
 del rico lecho de marfil y sándalo,
 descorriendo el purpúreo cortinaje,
 Satanás ríe, y a sus pies postrado
 el Angel del Pudor, suspira y llora
 con la cabeza oculta entre las manos.

Epitalamio

A LUIS BERISO

A las luces espectrales de las pálidas auroras
 recitando misteriosas letanías,
 por el bosque van pasando las simbólicas Teorías,
 de las Horas.

Enlazadas de las manos cruzan lentas
 cual fantasmas sepulcrales que caminan al Osario.

Gime el viento entre los pliegues
 de sus túnicas sangrientas.
 Lanza el buho en los cipreses su responso funerario.

Doblan roncas las campanas en su cárcel de granito,
 y a sus ecos moribundos que se apagan en la bruma,
 la cadena de fantasmas en el gris del infinito,
 en las tenues palideces de las nébulas se esfuma.

Sólo queda bajo el palio de un naranjo florecido
 una virgen que piadosa,
 con las manos enlazadas mira al cielo.

Paisaje de Sombra

A PEDRO GONZÁLEZ BLANCO

Las sombras invaden las verdes glorietas...
Se van esfumando las sendas floridas...
¡Es la hora santa en que los poetas
van a cortar rosas a sus prometidas!...

El bosque atraviesan senderos y brumas.
En las balaustradas de mármol, triunfales,
abren su abanico de flores y plumas
y anuncian la noche los pavo reales!

La luna de plata nieva lentamente
sus últimos rayos, y oculta entre flores,
con voz de suspiros comenta la fuente
las viejas leyendas de viejos amores.

En el verde estanque de lotos bordado
se refleja el cielo; las ondas suspiran;
enarcan los cisnes su cuello nevado,
y augures murciélagos fatídicos giran.

Del noble palacio las altas ventanas
encendidas brillan entre la espesura,
como titilantes estrellas lejanas
que arden en el fondo de la noche oscura!...

La hora se aproxima... ¡Párate, viajero!
¿No ves una sombra que entre la enramada,
negra y misteriosa, sigue tu sendero,
siempre pensativa y siempre callada?....

Se agranda en el bosque; se encoge medrosa;
bórrase en los árboles del parque vecino,
pero surge luego, lenta y temblorosa,
y siempre a tu lado prosigue el camino!

En la niebla esfuma su cortorno vago.
Contigo se para, contigo suspira,
y cuando diriges tus ojos al lago
también en el fondo del lago se mira!...

Huye entre los árboles, veloz y encorvada
La brisa parece tu voz que te nombra...
Si a la luna cortas flores a tu amada,
también corta flores de sombra, la Sombra!...

Penetra en la calma del parque dormido
entre laberintos de negros rosales,
y al sentir su aroma, con un alarido
saludan su paso los pavo reales.

Las sombras invaden las verdes glorietas.
Se van esfumando las sendas floridas...
¡Es la hora santa en que los poetas
van a cortar rosas a sus prometidas!

Los Murciélagos

A PEDRO CÉSAR DOMINICI

De la tarde que moría
a los cárdenos reflejos,
lentamente caminabas, deshojando margaritas,
por la senda que perfuman los floridos limoneros...

¿No te acuerdas?... De repente, temblorosa,
abrazándote a mi cuello,
—¡Mira, mira!—murmuraste,
en el nudo de mis brazos de terror desfalleciendo—
¡cómo en torno de las flores
giran locos los murciélagos!...

Y en las sombras que avanzaban, las luciérnagas,
como cirios sepulcrales se encendieron...

Y doblaron lentamente las campanas
con el fúnebre gemido de su acento...

Y en el negro catafalco te vi inmóvil
coronada de azahares,
con las manos amarillas, enlazadas sobre el pecho...

Y trazando en torno tuyo
la fatiga tenebrosa de su vuelo,
con el frío mortuorio de sus alas membranosas
te rozaron los murciélagos...

Los murciélagos son labios. En los viejos pergaminos
que en las sendas del convento
imposibles contemplaron el martirio de los monjes;
en las ruinas donde tejen su tristeza
las esclavas del misterio;
en los altos torreones donde el mago se embriaga
con el místico perfume de las flores de los cielos;
en los antros donde impera la sonrisa de la esfinge,
de la vida los ocultos jeroglíficos leyeron.

Son poetas.
A las arpas olvidadas en las naves del castillo;
a los órganos que gimen en las bóvedas del templo;
al pausado clavicordio que una mano aristocrática,
del salón de la penumbra para siempre dejó abierto;
a los rojos violines que suspiran silenciosos
en las lóbreas buhardillas de los pálidos bohemios,
con sus alas temblorosas arrancaron
fugitivas vibraciones de suspiros y de besos!...

Junto al Cristo que sucumbe
en el místico madero,
de las lámparas de oro parpadean
los agónicos reflejos;
y a ellas vuelan, con las alas extendidas
los fatídicos murciélagos...

Y las lámparas se apagan...
 Y profanan el silencio
 de las bóvedas sombrías
 las siniestras carcajadas del hereje
 y las roncadas maldiciones del blasfemo...

A los últimos fulgores de la tarde moribunda
 aparecen los murciélagos...
 Son suspiros que se escapan de los labios de la sombra...
 Viven sólo en los sepulcros del ruinoso cementerio...
 Se alimentan con los lívidos gusanos
 que devoran a las vírgenes...
 Se emborrachan con la sangre coagulada de los muertos...

Al contacto de sus alas, los rosales se estremecen,
 y las rosas con el llanto luminoso de sus pétalos
 ensangrientan las mortales palideces del crepúsculo,
 que al son ronco de las fúnebres campanas,
 lentamente va muriendo...

¡Oh, amarguras infinitas!...
 ¡oh, recónditos pesares!... ¡oh, murciélagos!

Vuestras alas oscurecen los fulgores de las lámparas
 que iluminan los altares melancólicos del templo
 donde exangüe, coronado de nostalgias y de espumas,
 muere el Cristo, triste y pálido,
 de mi loco pensamiento!...

Anidasteis en la tumba de mis muertas ilusiones
 Vuestro fúnebre contacto ha dejado sin un cáliz
 el rosal de mis Ensueños;
 y en las hondas sepulturas,
 donde yacen enterrados mis recuerdos,
 se enrojece vuestro hocico
 vuestro hocico repugnante de vampiros,
 con la sangre coagulada de mis muertos...

de las vírgenes difuntas que se pudren
 en sus tálamos de piedra
 con las manos amarillas enlazadas sobre el pecho!...

Se marcharon mis alegres camaradas...
 En las calles aulla un perro.
 Agonizan los fulgores de mi lámpara
 y en el aire ebrios de sombra
 giran locos los murciélagos...

.....
 ¡Oh, mi virgen! ¿No te acuerdas? En mis brazos apoyado
 la escultura dolorosa de tu cuerpo,
 a los rayos de la luna, lentamente caminabas,
 deshojando margaritas por la nieve del sendero.

.....
 De repente nuestras frentes rozó el ala
 de un fatídico murciélagos
 que en la calma de la noche se perdió como un presagio
 de amarguras infinitas...

.....
 Las estrellas, como cirios sepulcrales, se encendieron,
 y doblaron lentamente las campanas
 con el fúnebre gemido de tu acento...
 y en el negro catafalco te vi inmóvil,
 coronada de azahares,
 con las manos amarillas enlazadas sobre el pecho...

.....
 El terror abrió mis ojos...
 Los fulgores de la lámpara morían,
 y turbaban el silencio
 de mi alcoba solitaria, los medrosos aletazos
 de un fatídico murciélagos...

Neuróticas

A JULIO PELLICER

I

En la copa de Venus fulgura,
 sangre de claveles y alma de rubíes,
 la divina embriaguez de los sátiros,
 el vino purpúreo que escancian las vírgenes.

Sobre el lago vuelan
 en un sueño de nieve los cisnes,
 los cándidos cisnes ebrios de azahares...
 Y al pie de la Esfinge
 del Amor eterno,
 busto femenino con garras de tigre
 los labios lascivos
 de Afrodita ríen.

Ya no hay vino de amor en las copas!...
 Sobre el lago los cisnes no juegan...

El alma sombría del lúgubre Otoño
 entre los marchitos rosales se queja...

Una blanca visión temblorosa,
 a través de la obscura arboleda,
 en el viejo jardín encantado,
 como un rayo de luna penetra...

.....

Oh, mi pálida virgen, la Musa
 de mis viejas canciones, no vengas
 a apagar en mis brazos tu fiebre,
 porque ya no queda
 ni una gota de llanto en mis ojos
 ni una gota de sangre en mis venas!

II

La frente entre las manos,
 los codos en la mesa,
 mientras sus camaradas, ebrios, gritan,
 el poeta recuerda.

Se quiebran copas en honor del Arte
 y las pipas románticas humean.

Llora un viejo piano
 la muerte de la tísica Bohemia
 y el poeta, callado, en su amargura
 levanta lentamente la cabeza
 sobre la enferma palidez del rostro
 arroja negras sombras la melena...

Y en la copa, la musa del ajeno,
 abre sus ojos de esmeraldas muertas,
 y en sus labios le ofrece un venenoso
 olvido de embriaguez para sus penas!

III

Oh, mi alma, mi alma es un lirio,
es un lirio de amor, todo blanco,
que al altar de una virgen ofrece
en sus pálidos dedos un santo!

Y mi carne—deseos y vicios—
es un lirio sangriento y morado,
que se inclina sin vida, marchito,
sobre el agua de un verde pantano!

SONETOS

A GREGORIO MARTÍNEZ SIERRA